

Cómo conocí a Laín

Cuando, en 1952, los poetas catalanes fueron invitados a asistir al Primer Congreso de Poesía Española, que había de celebrarse en Segovia del 15 al 24 de junio, hubo, en los medios intelectuales de Cataluña, cierta perplejidad. La invitación, procedente de organismos relacionados con el Ministerio, tenía indudables implicaciones políticas. Carles Riba, antes de contestar afirmativamente, recabó la opinión de otros escritores y también la de algún político de larga experiencia, como Claudi Ametlla. Todos coincidieron en la conveniencia de aceptar el diálogo que se nos brindaba. Hasta entonces, no eran precisamente diálogos ni sonrisas lo que el régimen había ofrecido a la lengua y la cultura de Cataluña.

A veces, quienes vivimos un acontecimiento no medimos su plena significación hasta que un elocuente detalle nos lo sitúa, de modo plástico y vivo, en su contexto histórico. Cuando Riba presentó en Segovia el mensaje de Cataluña, y habló allí de Maragall, de Unamuno, de los problemas técnicos y políticos que se plantean a las lenguas en el mundo actual, era el primer contacto después de la guerra. En aquel intercambio de opiniones sobre poesía y sobre la relación entre las lenguas y las culturas, intervinieron hombres de ideas muy diversas, escritores que, hacía pocos años, la lucha había separado trágicamente. Era, en verdad, propicio para una reunión como aquella el ambiente de la ciudad tranquila, gris y dorada, con un intenso olor a tilos en flor y a mieses próximas. Recuerdo el chillido de las cornejas volando sobre los campanarios románicos o los altísimos chopos; y, de pronto, en aquel plácido junio castellano, pensé en unos viajes que, hacía algunos años, me llevaron a las llanuras del sur de Inglaterra —Salisbury, los monolitos de Stonehenge—, donde el aire olía exactamente como en Segovia, y los oscuros pájaros pasaban rozando los árboles puntiagudos y las torres grises.

Pero he aquí que en una de aquellas calles, casi solitarias, de Segovia, unas grandes letras negras, toscas, hirientes como un grito, surgieron en el muro de un patio. Hablaban de Cataluña. Conminaban a no adquirir cosas venidas de Cataluña, artículos manipulados por catalanes. Aquel consejo había sido trazado, con tenaz pintura, en alguno de los años inmediatamente anteriores a la terrible tormenta. Era un vestigio claro, como una anotación meteorológica, de aquel clima turbulento, eléctrico, donde se fraguó la guerra civil. Y en la encalmada Segovia de los trigos y las cigüeñas —donde persistía, medio olvidado en una pared gris, el verbo crispado de otros tiempos— estábamos para intercambiar ideas y examinar problemas, para dialogar tras un hosco silencio de largos años. Debíamos hablar «sobre los más actuales aspectos de la poética», según precisaba el programa, pero era indudable que, en aquella reunión, la poética tenía no pocas connotaciones políticas. Era, por parte de los organizadores, un intento, tímido y optimista, de renovación desde dentro, un esfuerzo para lograr cierta apertura después de

un largo período de cerrazón, tan penoso para la cultura catalana. Hasta tal punto la inercia de aquel período pesaba aún en el ambiente, que uno de los poetas de lengua castellana que más activamente intervino en la preparación del Congreso, en su última sesión propuso que se enviara un telegrama saludando al Jefe del Estado. Los catalanes anunciamos que nos retiraríamos si la idea prosperaba. Tras una breve discusión, se acordó enviar el saludo telegráfico, pero no precisamente a Franco, sino a Juan Ramón Jiménez.

Fue durante aquel Congreso de Poesía cuando conocí a Laín. Era entonces Rector de la Universidad de Madrid, y si a algún rector, en la larga historia de las Universidades, ha convenido la apelación de «magnífico», ése es, sin duda, Pedro Laín Entralgo. No me refiero precisamente a la calidad de su acción en el cargo —que supongo excelente, pese a las limitaciones del marco—, sino a lo que, en sus memorias, Ridruejo llama «su esquema corporal». Cuando me acerqué a él por vez primera, en el vestíbulo del hotel segoviano donde nos hospedábamos, me impresionó este aspecto de su personalidad, y al poco rato de dialogar —recuerdo que el alegre sol de junio se deslizaba hasta el vestíbulo, entrando por la larga galería encristalada—, advertí otra faceta a la que también alude Ridruejo: «su carácter afable y sereno —dice—, aunque no desprovisto de vehemencia». La vehemencia se me hizo, en rigor, más patente al siguiente día, 17 de junio, cuando escuché la enjundiosa conferencia de Laín sobre «La acción sosegadora de la palabra poética». La leyó, en efecto, con delicada vehemencia, con atractivo fervor intelectual. Era un trabajo extenso, de impecable estructura, en el que abundaban las citas de poetas y filósofos, acaso con algún predominio de los nombres germánicos. En estos últimos tiempos, la virtud sosegadora de la poesía ha sido muy menospreciada. El llamado «realismo histórico» intentó imponer a la poesía una función acuciante e irritativa, convirtiéndola en simple estímulo para una acción transformadora de la sociedad. Muchos, sin embargo, siguen considerando válido el análisis que nos leyó Laín en Segovia, el supuesto de una poesía que no inclina a la acción, sino que participa de las virtudes contemplativas y cuya estética no se vincula forzosamente a una ética.

Años después de la reunión de Segovia, tuve ocasión de tratar bastante a menudo a Laín y el placer de escucharle otras conferencias. Recuerdo especialmente una sobre Picasso y otra cuyo tema era «La primera sonrisa del niño». En un reciente ensayo, un escritor asturiano ha observado que el diagnóstico de Snow sobre la mutua incompreensión de lo que llamó «las dos culturas» —la de los hombres de letras y la de los científicos—, con ser un diagnóstico simplificar y caricaturesco, resulta pobre aplicado a la situación cultural española. «La palabra *intelectual* —dice— parece misteriosamente reservada al *literato*.» Pero en la obra de Laín no hay incompreensión, sino armonía. Es en ella frecuente la comunicación entre las letras y el pensamiento científico, entre la investigación y el arte de la palabra. Algo de esta bella síntesis adiviné ya en sus comentarios de aquella noche segoviana, cuando me impresionaron por vez primera el fervor y el rigor de su verbo.

Marià Manent